

vendrán á buscarte... Tienes toda la noche para descansar... mañana hablaremos. ¡ Oh, amor mío; qué alegría verte salvado de tan grandes peligros! ¡ Ven pronto! Mi marido no tardará en volver... Es necesario que te encuentre ya acostado...

Y le guió dulcemente, prudentemente, pasito á pasito, sin ruido, hacia la bohardilla donde iba á estar en seguridad.

CAPÍTULO XII

Cuando el Primer Cónsul llegó á la Ópera, no se dignó siquiera lanzar una mirada á su carruaje, y atravesando el vestíbulo seguido de Lannes y de Bessieres, subió al proscenio, sin encontrar á nadie en los pasillos porque ya la ejecución del « oratorio » había comenzado. Garat y madama Barbier-Valbonne, que cantaban la parte de los protagonistas, estaban en escena. Bonaparte se detuvo en el salón del antepalco, y mirando á los dos generales pronunció las primeras palabras de comentario sobre el suceso :

— ¡ Esos bergantes han querido hacerme volar!

Y con sangre fría magnífica añadió volviéndose á Bessieres :

— ¿ Me hacéis el favor de traerme un programa del « oratorio » ?

En aquel momento, Josefina, pálida, con el vestido salpicado de sangre, entró en el proscenio seguida de Hortensia, tigramente herida en el rostro por un trozo de vidrio, y por Carolina Murat, indemne; y lanzándose hacia su marido le puso las manos en los hombros gritando :

— ¿Estás vivo? ¡Es un milagro! ¡Hemos visto tu carruaje rodeado de llamas! ¡Nuestra carroza, que marchaba veinte pasos más atrás, no tiene un cristal sano!

— ¿Has tenido miedo, mi buena Josefina?

— Por ti solamente, amigo mío. Hortensia ha gritado de dolor, porque está herida en la cara. Madama Murat es tan valiente como su marido... Por lo demás, el coronel Rapp nos ha dicho: «cuando no se muere del primer golpe, ya no hay peligro»...

— ¡Esos miserables terroristas son los autores! — exclamó Bonaparte con ira.

En este momento, una agitación inesperada se produjo en el público, y rápidamente los murmullos apenas perceptibles del principio fueron creciendo en la sala. La noticia del atentado había llegado hasta la Ópera y comenzaba a extenderse por la sala interesando de tal manera á los espectadores, que más se cuidaban de los comentarios que de lo que sobre la escena ocurría, sin embargo de ser el ilustre Garat, ídolo de los aficionados, quien interpretaba la obra de Haydn. Bonaparte notó lo que ocurría, y como para explicar la emoción de los espectadores, entró Bessieres con el programa en la mano y diciendo:

— General; circula el rumor de que estáis herido. Es necesario que os mostréis al público.

El Primer Cónsul avanzó tres pasos hacia la barandilla del proscenio, y los espectadores pudieron contemplar la hermosa cabeza imperiosa y pálida entre los cortinajes de terciopelo, sobre el fondo oscuro de la tapicería. Entonces, un clamor inmenso se elevó desde el patio de butacas hasta el gallinero, y mientras los hombres, en pie, gritaban: «¡Viva Bonaparte!», las mujeres aplaudían entusiasmadas. La música se había callado, porque, para aquellos mil espectadores, imagen de la Francia entera, no había cosa más inte-

resante que la salud providencial del hombre en quien se encarnaban todas las esperanzas de la patria. El Primer Cónsul sonrió, saludó con una inclinación de cabeza, dió las gracias con un ademán y volvió á sentarse. Cerca de él tomaron asiento Josefina, Hortensia y Carolina, y la representación continuó, pero sin que nadie mostrase interés por lo que sobre la escena ocurría. Garat, con una flojedad inusitada, y madama Barbier, con distracción visible, proseguían la ejecución de la obra, convencidos los dos de que nadie los escuchaba. La primera parte terminó en medio de aplausos poco entusiásticos. Y tan pronto como cayó el telón, la gente salió á los pasillos donde todo fueron comentarios, idas, venidas y grupos que discutían acaloradamente. Á la representación del oratorio asistían numerosos personajes, de entre los cuales Real, Thibaudeau, y Lebrun habíanse apresurado á ir al proscenio del Cónsul. Cambaceres, en su platea de proscenio, calentaba las orejas con énfasis al prefecto de policía Dubois, muy apenado y más inquieto aún por las consecuencias que para él podía tener la aventura. Fouché estaba ausente, y de hacerlo notar se encargó Real, que dijo á Bonaparte con amarga perfidia:

— El ministro de policía estaba tan enterado de lo que iba á ocurrir, que, sin duda, se halla durmiendo tranquilamente...

El Primer Cónsul fingió no haber oído, pero su pálido rostro adquirió un tinte gris y los labios se repulgaron hasta casi desaparecer. Muy oportunamente, Cambaceres llegó precediendo al infortunado Dubois, que se encogía cuanto le era posible para no atraer sobre sí las miradas del jefe.

— ¡Hola, Cambaceres! — exclamó Bonaparte. — Habéis estado á punto de ascender á Primer Cónsul.

— General, la Providencia ha protegido de manera manifiesta á Francia en vuestra persona.

Tan exactamente traducía el pensamiento de todos la frase de Cambaceres, á pesar de la forma religiosa, que fué acogida con un fuerte murmullo de aprobación. Josefina juntó las manos, y dijo :

— ¡ Dios ha hecho un milagro por nosotros !

La exclamación era sobradamente audaz, porque hallábanse presentes hasta media docena de jacobinos que habían votado la muerte del rey y enviado los sacerdotes á la guillotina.

Pero ni uno solo chistó. Únicamente Lannes gruñó en su rincón : « Pido mi parte en lo que Dios acaba de hacer ». Bessieres, más cortesano, incrustó el codo en el costado de su camarada para hacerle callar. Cambaceres había vuelto á tomar la palabra :

— General, ¿vais á quedaros hasta el fin de la representación?

— No. Voy á volver á las Tullerías. Vos me acompañaréis, Cambaceres. Haced buscar al ciudadano Fouché... Josefina, puedes quedarte con tus damas, si quieres... Te dejaré á Bessieres y á Rapp...

— No. La música no me proporcionará placer alguno en estos momentos. Además, Hortensia tiene necesidad de que la curen, y yo me doy horror con este vestido lleno de sangre... No quiero dejarte...

— Bueno; entonces, vámonos.

Y en avanzada, solo, precediendo á su familia, á los generales, á los ministros, á los funcionarios, Bonaparte cruzó los pasillos del teatro. Á su paso descubriase todo el mundo y, desde lejos, los espectadores le aclamaban, mientras él pasaba tranquilo, grave, sencillo, en su traje casi desprovisto de bordados, haciendo notable contraste con los uniformes brillantes del séquito y de la corte. No tuvo más que una sonrisa, y esa fué para el soldado de guardia que,

en el vestíbulo, le presentó armas con alegría que por todo el rostro le retozaba.

Esta calma desapareció tan pronto como llegó á las Tullerías. Allí no se creyó ya en la obligación de contenerse, y recorriendo á grandes pasos el salón de la planta baja, con esa necesidad de movimiento físico que era una de las características de sus grandes emociones, gritó :

— ¡ Haré un escarmiento terrible ! ¡ Es necesario que haya seguridad en torno mío, para que no arriesguen su vida unos cuantos centenares de buenas personas por el sólo hecho de quererme saludar cuando cruzo por una calle de París ! Por mí no me importa; cuando acepté el poder, le acepté con todos sus riesgos y consecuencias. Yo sé que los revolucionarios me odian tanto como los realistas. Molesto á los unos por mis ideas de orden y de paz; me acusan los otros porque no quiero restaurar el trono : yo los aplastaré á todos, blancos ó rojos, y el castigo será tan ejemplar que no les quedarán ganas de volver á intentar lo de hoy.

Se detuvo, para tomar aliento. Un silencio embarazoso extendíase por el salón, y á pesar de hallarse presentes los primeros personajes del Estado, nadie osó replicarle. Bonaparte volvió á su paseo, exasperado :

— Es la cuarta vez, en un año, que intentan asesinarme : pero esta será la última. Sé que los autores son los terroristas, y aún no hace muchos días que se lo he dicho á Fouché, pero como si no. Dice que no lo cree, y tiene sus razones para ello : todos los culpables son antiguos cómplices suyos, y muchos continúan siendo sus amigos...

Se abrió la puerta de entrada y tremendo estupor se dibujó en los rostros de todos. El mismo Bonaparte se detuvo y no pronunció una palabra más : acababa de entrar el acusado. Pálido, delgado, los ojos mortecinos, fijos en el vacío,

Fouché avanzó hacia el jefe. Á diez pasos de él se detuvo, inclinóse, y esperó á que le dirigiera la palabra. Bonaparte, con los ojos cerrados, pareció recogerse un instante en sí, y al cabo de un momento de inmovilidad, hizo un ademán violento que le aglomeró la sangre al rostro, y cogiendo á Fouché por el brazo le llevó á un extremo del salón como para impedir á los asistentes que oyesen lo que iba á decir :

— ¿Y bien? ¡ Ya veis cómo tenían fundamento mis temores! Mis informes eran más exactos que los vuestros, y habéis estado á punto de dejarme asesinar. Ya podéis agradecer al azar que haya escapado con vida, porque si hubiera muerto, tened por seguro que os hubiera hecho pedazos el pueblo.

Á estas palabras, Fouché respondió con una alcocarra que sacó fuera de quicio á Bonaparte. Dejó al ministro solo al extremo del salón, y paseándose á grandes pasos continuó :

— Vuestra policía es estúpida, como del antiguo régimen. Todavía usa de los procedimientos de Lenoir... Dentro de pocos días os reemplazaré por uno de mis gendarmes, y ya veréis cómo la marcha de las cosas cambia. El país necesita tranquilidad al cabo de diez años de convulsiones y de exaltaciones frenéticas, y puesto que fía en mí para conseguirla, estoy dispuesto á cumplir con mi obligación de asegurarla. Los intrigantes, los agitadores, serán perseguidos sin piedad. No quiero que se trafique con la seguridad pública, y haré responsables de su incapacidad ó de su traición, á cuantos no saben prever nada, ó nada quieren impedir.

Estas palabras, que anunciaban la desgracia y la caída de Fouché, tuvieron la virtud de que se hiciese el vacío en torno del ministro de la Policía. Este, impasible, pareció no haber oído las amenazas del Primer Cónsul; acobardado á la chimenea, esperaba que la borrasca pasase. Desde luego era

fácil notar que las palabras de Bonaparte eran ya más reflexivas, y que la explosión de su cólera parecía calculada de antemano.

— ¡ No habrá quien me haga cambiar! — continuó. — Ya no hay ni emigrados, ni ex nobles, ni ex sacerdotes... Conozco á los autores del atentado y sabré echarles el guante.

Al decir esto miró á Fouché. El antiguo convencional crispó los delgados labios y meneó la cabeza. Bonaparte se fué hacia él echando chispas por los ojos :

— ¿Negáis? ¿Sabéis algo? ¡ Explicaos!

Ambos estaban solos, al final de la gran sala, siendo objeto de la curiosidad general, pero al abrigo de toda indiscreción. Fouché se decidió á responder :

— Yo sé quién ha cometido el atentado. Y antes de que se acabe la semana estarán en mi poder los autores. Si no hubiera ocurrido un accidente, como le puede ocurrir á cualquiera, yo los habría preso antes de que hubieran podido realizar su infame proyecto...

— ¿Siempre los realistas, los cómplices de Jorge?

— El porvenir demostrará la exactitud de mi información.

— ¡ Tened cuidado, Fouché, no juguéis conmigo! Porque esta vez, iréis á Sinnamari con los otros.

— General, no temo nada, porque estoy bien seguro de lo que digo. Sin embargo, no descuidaré el procurarme algunos informes acerca de los personajes de quienes sospecháis. Ciertamente, queda un residuo de revolucionarios, siempre en efervescencia, que amenaza el orden establecido...

— ¿Lo veis? ¿Cómo pueden reunirse y concertarse impunemente esas gentes?... Celebran reuniones en las logias masónicas... vos lo sabéis... Todos esos bandidos serán deportados fuera de Francia.. Mañana mismo preparará el decreto el Consejo de Estado... No quiero levantar de nuevo

el patíbulo, pero es necesario que desaparezcan esos malos bichos.

En este momento, entre el constante ir y venir de funcionarios, representantes y oficiales que llegaban para manifestar fidelidad y probar su celo, entró Dubois, el prefecto de policía. Era Dubois el hombre á quien más detestaba Fouché, así que, apenas le vió, apresuróse á señalársele al Primer Cónsul con un gesto de irrisión: Bonaparte, con voz cortante, interpeló al infortunado que balbuceaba algunas vagas felicitaciones:

— ¡Ya sé que no ha dependido de vos el que no hayan triunfado esos bandidos! ¿Cómo han podido procurarse una cantidad de pólvora suficiente para volar un barrio entero? Ciudadano Dubois: si yo fuera prefecto de policía y me hubiese ocurrido tal cosa, me hubiera muerto de vergüenza.

Y volviéndole la espalda, le dejó aterrado. Después, como si aquellas palabras hubiesen agotado su cólera, dijo á Fouché:

— Comenzad vuestros trabajos esta misma noche, porque es necesario tranquilizar al pueblo de París cuanto antes. Y acordaos de que no admito más pruebas de vuestro celo que el éxito.

Fouché saludó, y atravesando la multitud de los cortesanos que abrían filas para dejarle pasar, salió al vestíbulo. Allí encontró á su secretario Villiers, que le esperaba, y apoyándose en el brazo del joven, tranquilo, como si gozara por completo del favor del Cónsul, se dirigió á la carroza.

Una vez en el carruaje dijo á Villiers:

— Hubo momentos en que creí que me iba á devorar. Si le llego á contradecir hubiera sido capaz de mandar detenerme... Y todavía...

Villiers le enseñó un par de pistoletes que llevaba escondidos:

— Ya había previsto el caso. No os hubiera preso sin resistencia...

El rostro sombrío de Fouché se iluminó con una sonrisa. Y moviendo la cabeza con amabilidad preguntó:

— ¿Os sacrificaríais por mí, Villiers?

— Sí, ciudadano ministro.

La sonrisa de Fouché desapareció:

— Sí, es verdad; soy el ministro.

Pareció reflexionar unos segundos, y tirando del cordón que correspondía al brazo del cochero, dió la orden de parar.

— Id ahora mismo — dijo á Villiers — al Hospital de la Piedad; despertad al director y preguntadle en nombre mío cómo sigue un tal Braconneau, herido de un tiro en el pecho. Si aún no se ha muerto, vendréis á decírmelo inmediatamente, y en ese caso yo iré mañana mismo, á primera hora, á interrogarle. Ordenaréis al director que haga cuanto sea preciso para que el herido se halle en estado de responderme.

El secretario se apeó del carruaje y Fouché entró en casa con ánimo de acostarse.

Mientras tales acaecimientos agitaban las Tullerías, el ciudadano Lerebourg, alarmado por las noticias que había averiguado de paso, y horrorizado más tarde por el aspecto que la calle de Chartres presentaba, había regresado en volandas á *El gorro azul* para comunicar á su mujer las extraordinarias novedades de la matanza que había ensangrentado el paso del Primer Cónsul. Fué recibido por Emilia con aire de gran misterio, sin responder á las exclamaciones que el buen hombre daba de otra manera que por repetidos: « ¡chut! », « ¡chut! »... Por fin, viéndole aturdido, le cogió de un brazo, le llevó á la habitación, y una vez segura de que nadie más que su marido podía oírle le dijo:

— ¡Durante tu ausencia, ha ocurrido una cosa terrible!

— ¿Qué ha ocurrido?

— Víctor Leclerc se ha presentado á nuestra puerta cubierto de sangre y desfallecido que apenas podía tenerse...

— ¡Oh, pobre muchacho! seguramente ha sido herido en esa espantosa catástrofe...

— Como comprenderás, yo no podía dejarle á la puerta... No podía andar... Le he hecho subir á la habitación de arriba, que está libre...

— Has hecho muy bien... ¿Has mandado llamar á un médico?

— ¡Imposible!

— ¿Por qué?

— ¡Ah! ahí está lo grave del asunto. Leclerc se halla seriamente comprometido, y si supieran que se halla aquí, no solamente correría él serios peligros, sino que nos proporcionaría grandes molestias á nosotros...

— ¡Mi civismo es de sobra conocido! — gritó Lerebourg.

— ¡Más bajo! — suplicó Emilia, asustada. — ¡Le va la vida en ello!

— Pero ¡Dios mío! ¿es algún conspirador ese muchacho tan formal?

— Le han arrastrado, no ha sabido resistir á influencias funestas... En pocas palabras, puesto que ya es demasiado tarde para discutir un hecho consumado: Víctor ha tomado parte en el crimen cometido esta noche...

— ¡Él! ¡Un hombre tan afable, tan simpático! ¡Cómo nos ha engañado!... ¡Pero ese atentado es monstruoso! Hay muertos á montones... mujeres, niños heridos... ¡El, Leclerc! ¡quién lo hubiera creído!

— La situación es muy sencilla. Si le echamos de casa, es hombre perdido; antes de que llégue á la esquina de la calle será preso por los policías que registran todo el barrio, ó de las patrullas que le recorren sin cesar...

— ¿Quién habla de echarle? Yo puedo maldecir su execrable acción... pero de eso, á entregarle... Porque eso sería entregarle...

— Sí, y, sin embargo, no puede quedarse aquí. Mañana, su presencia sería notada seguramente. Jerónimo, el mozo de almacén que, por fortuna, no duerme esta noche en su habitación, comprenderá en seguida que tiene un vecino. Se inquietará, charlará... y no tardaría en ser descubierto. Es necesario que Víctor Leclerc salga de aquí mañana á la mañana...

— ¿Y á dónde irá?

— Á una casa segura, á donde no ha podido llegar hoy por falta de fuerzas. Tú mismo le llevarás mañana por la mañana.

— ¿Yo? ¿Cómo?

— A eso de las ocho mandaré yo á Jerónimo á unos recados, después de haberle ordenado enganchar el carro de los encargos, y ponerle al pie de la escalera de servicio. Como á esa hora no habrán llegado todavía las dependientas, podemos obrar con entera libertad. De manera que entre los dos ayudaremos á bajar á Víctor Leclerc, le instalaremos en el carruaje, y montando tú en el pescante le llevarás hasta la calle del Dragón, esquina á la de Huchette. Allí se apeará, y tú no tendrás ya que ocuparte de nada más que de volver á casa tranquilamente...

— Pero, mujer ¿y si me detienen en el camino?

— Tú eres de sobra conocido en el barrio para que sospechen. Y además, algún riesgo hay que correr para salir del mal paso en que estamos metidos.

— Tienes razón. ¡Diablo de Víctor Leclerc! ¿Quién hubiera creído?... ¡Un hombre que tenía la dulzura de una señorita! Según parece, los autores del atentado son los terroristas. ¿Será uno de ellos, entonces?

— ¡No! Victor es realista. Me lo ha contado. Querían suprimir á Bonaparte para traer al Rey.

— ¡Qué locura! Entonces, ¿para qué le habrían cortado la cabeza á Luis XVI? La monarquía no volverá á ser restaurada en Francia, y el Primer Cónsul es el hombre que necesitamos. ¡Ah! estoy estupefacto de haberme engañado respecto á Leclerc! Yo creí que era un muchacho muy bien enterado de los negocios... y resulta que es un conspirador... ¡Para que uno se fie!

— ¿Quieres verle?

— Naturalmente.

— Bueno, vamos á subir poco á poco. Está lavado y curado, pero tiene mucha fiebre...

— ¿Es muy grave la herida?

— Tiene el brazo derecho casi cortado...

— ¡Pobre muchado!

Por tal manera bien humana, Lerebourg, después de haber comenzado por vituperar el acto de Víctor Leclerc, acababa compadeciéndole por la herida que al ejecutarle había sufrido. Marido y mujer llegaron á la bohardilla donde, sobre un catre, yacía Leclerc, pálido á consecuencia de la gran hemorragia sufrida. El joven intentó incorporarse al ver entrar á Lerebourg, pero un espantoso dolor contrajo su rostro y Emilia, sosteniéndole por los hombros, volvió á acostarle dulcemente.

— No os mováis. Tenéis que estaros quieto para no deshacer la cura. Aquí tenéis á mi marido que viene á reprocharos...

— Eso más tarde, — interrumpió el excelente Lerebourg, emocionado de piedad en presencia del herido. — Cuando se halle en condiciones de poder escucharme... Por ahora conviene estarse quieto... ¡Es lástima que no podamos tenerle aquí! Dentro de quince días hubiera estado en pie...

¡Pero no hay que pensar en ello! ¡Ah, Leclerc! ¡Lanzaros en esas aventuras locas y criminales!... ¡Yo que tenía tanta confianza en vos!... ¡No se puede creer en nada!

— Amigo mío... — intervino madama Lerebourg.

— Sí, tienes razón... Me dejo arrastrar... ¡Pero es culpable!... En fin... procuraremos salir del atolladero como podamos... Hasta mañana... Procurad dormir...

— Yo me quedo haciéndole compañía... Baja solo — dijo á su dócil marido, — allá voy yo en seguida...

Después de nuevas recomendaciones afectuosas, Lerebourg descendió á sus habitaciones y Emilia, sentada junto al herido, teniendo la mano válida entre las suyas, se esforzaba en tranquilizarle, en darle valor, en infundirle esperanza. Á su contacto, bajo la misteriosa influencia de su amorosa voluntad, iba calmándose el organismo sobreexcitado de Saint-Regeant. Los nervios se calmaban, serenábase un tanto el ardor de la sangre febril, y un bienestar lánguido comenzaba á amodorrar al herido. Emilia vió agitarse los párpados, cerrarse los ojos; después, la respiración se hizo menos fatigosa, y, al fin, el sueño, con la supresión de los dolores, le trajo el olvido de todo peligro. Entonces, la joven desasíó con dulzura su mano, se levantó sin ruido, y salió en silencio llevando consigo la llave de la buhardilla. Ya en su habitación, en vez de acostarse, se sentó y procuró concentrar su pensamiento. La rapidez de los sucesos habíala tomado desprevenida, sin dejarla un momento libre para reflexionar. Fué necesario apresurarse á salvar al desgraciado que llegó á su puerta pidiendo socorro. Pero ahora, al encontrarse sola, frente á sí misma, consciente del acto realizado por Saint-Regeant, un doloroso estupor la poseyó.

Aunque muy escasas, las noticias de la carnicería producida por la explosión de la máquina infernal, causábanla un

horror inexpressable. Decíase que en ningún caso, bajo pretexto alguno, para el triunfo de una causa cualesquiera que ella fuese, era posible escusar la muerte individual, y mucho menos la matanza que acababa de ensangrentar el suelo de París. ¡ Y el que había cometido ese crimen monstruoso era el hombre á quien ella adoraba ! ¡ Y en lugar de odiarle, de entregarle á la vindicta pública, continuaba queriéndole sin tener más que un pensamiento : protegerle, salvarle ! Al comprobar esto, una profunda tristeza se apoderó de su corazón. Vió en ello una prueba de complicidad, sentíase ya envuelta en la responsabilidad del crimen, puesto que se oponía á su expiación, y pensó que una parte tan grande en la culpabilidad había de pagarla cruelmente, porque no era posible que siendo culpable no recibiese el castigo merecido. Y los castigos que se le presentaban á la mente eran tan terribles que su sola imaginación la dejó helada, llorando de angustia. Sin embargo ¿era admisible que hubiese despedido á Saint-Regeant, cuando se presentó pidiendo un refugio ? ¿Era admisible que le hubiese entregado para libertad su conciencia del peso de una complicidad, y ponerse al abrigo de todo peligro ? Al precio de su vida hubiese procurado evitar semejante proceder. Por lo tanto, no quedaba otro recurso que proseguir la obra comenzada, y salvar á Saint-Regeant del terrible peligro en que se veía. Despues, ya le quedaría tiempo de sobra para suplicar, para llorar, para expiar las faltas cometidas y las que ¡ ay ! acaso cometiera. Eran las dos de la madrugada cuando logró arrancarse á tan dolorosa meditación. Desiertas las calles, dormida la ciudad arrebujada en el silencio, solamente la policía velaba preparando en la sombra su desquite.

Como de costumbre, Lerebourg se levantó á las seis de la mañana, y se dirigió á la mansarda donde Saint-Regeant había pasado la noche. Allí encontró á su mujer dispuesta á

renovar la cura al herido. El joven, que se sentía más animoso, y seguro de poder soportar el transporte, se excusó con Lerebourg de los peligros á que por su causa se veían expuestos.

— Más grandes serán todavía si os quedáis aquí — respondió el negociante con una sencillez que se parecía mucho al valor. — Pero Leclerc, ¿me dais vuestra palabra de honor de que si salís con bien de esta aventura, no volveréis á mezclaros jamás en otra parecida ?

— Os lo juro, — respondió con una triste sonrisa el realista. — Cuando se ha tenido la desgracia de verter tanta sangre sin provecho alguno, no quedan más que dos caminos : desaparecer ó morir. Será de mí lo que la Providencia quiera, pero me execraré á mí mismo, y mi único deseo será una expiación. Y eso, no lo podré lograr más que con la oración ó con la muerte.

— Vamos, nada de acobardarse, Leclerc. Á vuestra edad, no se abandona el mundo para ir á sepultarse en un claustro á meditar ó á lamentarse. Un gran acto de abnegación ó sacrificio, por el bien universal, basta para rehabilitarle á uno á sus propios ojos. Mas en este momento no se trata de eso, sino de escapar... vos debéis procurarlo...

— Sobre todo por vos, querido Lerebourg, á quien no me perdonaría nunca el arrastrar en mi desgracia... Las bondades que habéis tenido para conmigo, me llenan el corazón de gratitud..

— ¡ Silencio ! Ya hablaremos de eso más tarde, si nos volvemos á ver. Os dejo á mi mujer, mientras bajo á ocuparme de vuestra partida.

Sencillamente, con absoluta confianza, Lerebourg dejó á Emilia junto al joven. La pobre mujer, torturada por la angustia y por los remordimientos, con el semblante dolorido por el insomnio y por las lágrimas, monstraba á Saint-

Regeant un aspecto desolado. También él sufría, pero no osaba quejarse ni disculparse, porque el amarguísimo trance en que la infeliz mujer se hallaba, era precisamente la razón de su felicidad. Emilia ayudó á Saint-Regeant á levantarse y á vestirse, y aunque estaban solos, juntos uno á otro, no se dieron un solo beso. Parecía como si una sombra se alzara entre los dos, y nunca más habrían de saborear el placer de amarse y de decirse que se amaban. Saint-Regeant miró á Emilia con sombría tristeza :

— ¿No hubiera sido mejor para mí sucumbir entre mis víctimas? Ved qué vida será ahora la mía, cuando hasta vos, sí, vos misma, os alejáis de mí con secreto horror. Escuchadme : dadme un arma y, para no comprometeros, descenderé á la calle y me mataré á cien pasos de aquí.

— ¡ Desgraciado ! ¿Cómo tenéis la crueldad de pedirme tal cosa? — gritó dolorosamente Emilia. — Yo no pienso más que en salvaros, mientras vos desesperáis de todo... Concededme, por lo menos, el tiempo necesario para reponerme de un choque tan rudo. Bien sabéis que, ocurra lo que ocurra, soy siempre vuestra ¡ ay ! y me parece que ahora, mi destino es el de compartir vuestros peligros y correr vuestra misma suerte. Si algún temor guardo, no es ciertamente por mí, sino por mi marido, por ese hombre tan honrado y tan generoso á quien sería un crimen hacer sufrir...

— Sí, tenéis razón. Cueste lo que cueste, debemos defenderle, procurarle tranquilidad. Y para lograrlo, es necesario que arriesguemos cuanto sea preciso...

Ella le tendió la mano con una sonrisa más tranquila :

— ¡ Muy bien ! Así quiero veros. Digámonos adiós, porque acaso no volvamos á vernos.

Una vez más, se estrecharon con ardor salvaje, como si, en efecto, aquel beso debiera ser el último que cambiaran.

Después, Emilia, precediendo á su amigo, descendió por la escalera y le condujo hasta el primer piso.

— Esperadme un instante — dijo. — Voy á ver por dónde está mi marido.

Y se deslizó con ligereza, en la obscuridad del entre-suelo. Al cabo de un instante apareció de nuevo, y desde la mitad de la escalera le hizo seña de que la siguiese. En el patio, el carro de transporte de Lerebourg hallábase ya dispuesto, cargado de piezas de tela, entre las cuales se colocó Saint-Regeant con gran trabajo. Una última mirada de Emilia, un apretón de manos de Lerebourg, y el comedor cayó de sobre el toldo ocultando el interior del carro. El negociante montó en la delantera y, al paso, salió á la calle de San Honorato cruzado ya por algunos transeuntes : empleados que iban á sus almacenes, obreros que se dirigían á sus labores. Los tenderos quitaban los tableros de los escaparates y una frutera, ocupada en alinear un montón de berzas, de zanahorias y de nabos, le gritó :

— ¿Ya de camino, ciudadano Lerebourg? ¡ Sois muy madrugador, como los buenos trabajadores !

— Voy á las Mensajerías, vecina ; y esas no esperan.

— ¡ Ah ! ¡ ahí vienen los gendarmes, que andan haciendo registros !

Un piquete avanzaba en dirección á San Roque. Lerebourg, caminando al paso, se dirigía hacia el Palacio Real, hablando de vez en cuando á los vecinos del barrio que encontraba al paso, y oyó á Sinval el tapicero que decía al oficial de gendarmes :

— Es el ciudadano Lerebourg, el de *El gorro azul*. ¡ Ah !, si ese es sospechoso, hará faltar arrestar al barrio entero... Es la flor de las gentes pacíficas...

Á esta referencia dada por su vecino, debió Lerebourg sin duda alguna, el escapar sin que le registrasen el interior

del carro. Un sudor de angustia le corrió por la espalda, y no se atrevió á respirar libremente hasta que se encontró en el muelle. Una vez allí, fustigó al caballo y pocos minutos después llegó á la esquina de la calle del Dragón. Entonces se detuvo, y pasando del pescante al interior del carro dijo en voz baja :

— Ya hemos llegado, Leclerc. ¿Estáis en estado de apearos?

— Creo que sí. Aseguraos de que nadie nos observa.

Lerebourg saltó al suelo, y como no viese nada sospechoso, volvió al carro diciendo :

— El momento es propicio; bajad.

El telón que cubría la trasera del carro se entreabrió con grandes precauciones, y Saint-Regeant saltó á tierra. En seguida, volviéndose hacia Lerebourg, exclamó :

— Adiós, hombre generoso. Habéis arriesgado vuestra seguridad por mí; no olvidéis que os ofrezco mi vida en pago. Marchaos; no estéis un momento más aquí.

Y comenzó á alejarse, dejando á Lerebourg angustiado por esta separación, asustado de las consecuencias que podrían resultar, y acusándose de no haber hecho algún mayor sacrificio por aquel joven á quien amaba como á un hijo. Ahogó un suspiro, y habiendo visto desde lejos que el joven entró sin peligro alguno en el número 35, montó en el pescante, arreó al caballo, y, por los muelles, los campos Elíseos, y la plaza de la Revolución, llegó á su casa sano y salvo.

CAPÍTULO XIII

El joven Villiers había cumplido la misión que le dió Fouché con exactitud y rapidez ejemplares. Apenas se separó del ministro, tomó un tálburi y se hizo conducir á la Piedad, á través del entonces temible barrio de la plaza Maubert, donde se corría el riesgo de ser asaltado como en pleno bosque. Sin incidente alguno llegó á la puerta del viejo hospital construído en el reinado de Luis XIII, detrás del Jardín de Plantas y de la alhóndiga, é inmediatamente dió orden para que, en nombre del ministro de la Policía, despertasen al director. Cuando le tuvo en su presencia, un poco amodorrado del sueño que tan inesperadamente le acababan de interrumpir, en pocas palabras le puso al corriente del atentado, que ignoraba aún, y en seguida se llamó al médico de guardia. Á través de interminables corredores, el ciudadano Villiers fué conducido hasta el lecho donde, con los ojos cerrados, pálido, agonizante, yacía Braconneau.

— Este pobre diablo está bastante mal, — observó el secretario de Fouché.